

conversaciones que no aprobaba el golpe de Estado que dió en Chihuahua el señor Juárez.

Por semejante culpa, pesó siempre sobre mí, hasta que logré retirarme, la mala voluntad del Gobierno.

Se me podrá increpar que yo, en mi calidad de militar, no debí criticar las disposiciones del Gobierno, aun cuando fuesen malas y atentatorias contra las leyes de la República.

A esto contestaré que yo ocupaba en el ejército un lugar distinguido, que en él era generalmente estimado, y que si hubiera atendido solamente á los adelantos en mi carrera, habría permanecido en sus filas.

Pero seducido por el programa liberal, que creí que traería la felicidad de la Nación, lo adopté con fé y lo seguí con constancia.

Por consiguiente, no servía solamente como militar, sino como partidario; y nada más natural, que como tal, criticara aquellos actos del Gobierno que estaban en oposición con la causa que defendía y por la cual me sacrificaba.

Aunque como militar no tuvo el Gobierno motivo ninguno para obrar en mi contra, no me perdonó nunca la independencía de mi carácter, y se vengó postergándome hasta con los que habían sido nuestros enemigos, y procurando nulificarme de toúas maneras.

Por fortuna llegó un día, que yo tanto esperaba, y pude romper mis cadenas dejando el servicio.



SORPRESA

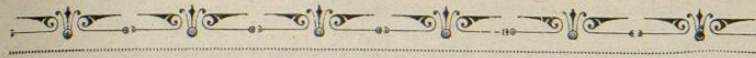
— DE LA —

Ciudadela de México

Por el Batallón de Gendarmes.

1871.





Sorpresa de la Ciudadela de México por el
Batallón de Gendarmes,
y consecuencias que produjo.

OCTUBRE 1º DE 1871.



LA administración de D. Benito Juárez había caído en desprestigio, y aunque pudo sofocar la revolución que estalló en San Luis Potosí, acaudillada por el General D. Francisco Aguirre, que logró extenderla á los Estados del Norte de la República; no por esto consiguió establecer la paz sobre bases sólidas.

La revolución existía en estado latente, y sus partidarios trabajaban sin descanso para alterar el orden.

El que esto escribe tenía el mando de la primera brigada de artilleros que se alojaba en la Ciudadela, punto importante de la Capital, que los revolucionarios deseaban poseer á toda costa.

En consecuencia, procuraron sin éxito alguno, seducir á los Jefes, Oficiales y aun Sargentos de la brigada, hasta que persuadidos de la inutilidad de sus esfuerzos, intentaron introducir en el cuerpo elementos que les fueran propicios.

Lograron que el Ministro de la Guerra colocase como Sub-ayudante en él al Subteniente D. José Carricarte, y pretendieron que también colocase como segundo Jefe al Teniente Coronel D. Joaquín Casarín; pero el Ministro sospechó alguna cosa y se obstinó en no colocarlo. Pocos días después separó de la brigada á Carricarte, destinándolo á un cuerpo que se hallaba en el Sur; pero rehusó ir, ocultándose en la Capital.

Perdidas las esperanzas por parte de los que conspiraban, de conseguir un apoyo eficaz en la brigada para hacerla pronunciar, se resolvieron arriesgar un golpe de mano para apoderarse de la Ciudadela, como se verá después.

El día 1º de Octubre, cerca de medio día, se reunieron en el salón exterior del Teatro Principal gran número de Jefes y Oficiales de los que habían pertenecido en varias épocas al Colegio Militar, con el objeto de formar una asociación de auxilios mutuos.

Entre los concurrentes se hallaban algunos que estaban en servicio activo, y muchos de los que habían sido dados de baja á consecuencia de los cambios políticos verificados en la Nación.

Hubo muchos discursos llenos de calor y saturados de fraternidad y amor. Todo parecía indicar que allí se iban á olvidar antiguos resentimientos de los que militaron en campos opuestos durante las guerras civiles.

Se propusieron varias ideas para la formación del reglamento que debía de regir, y se nombró una Comisión para que redactase un proyecto.

Antes de disolverse la reunión, manifestó el que esto escribe, que de ninguna manera podían inaugurarse mejor los trabajos de la asociación que haciendo algo práctico en el sentido filantrópico; que por lo mismo, creía oportuno excitar los sentimientos humanitarios de los concurrentes, para que auxiliaran á nuestro compañero el Teniente Coronel D. Juan Bautista Navarro, que acababa de sufrir una cruel operación, y que se hallaba en la cama, desprovisto de todo recurso.

En el acto fué acogido el pensamiento con entusiasmo, y todos ocurrieron á la mesa á vaciar sus bolsillos, lo que produjo la cantidad de treinta y cinco y pico de pesos. Nombraron en seguida al General D. Fernando Poucel y al subscripto para que entregaran aquella cantidad al beneficiado, con lo que se disolvió la reunión.

Fuimos el General Poucel y yo al alojamiento de Navarro, cumplimos nuestro cometido, y nos separamos en seguida. Yo me retiré á mi cuarto en el Hotel de Paris donde me puse á leer.

Habría pasado un cuarto de hora cuando llegó precipitadamente el Ayudante de la brigada D. Miguel Aragón, y me dijo que el cuerpo de gendarmes, que se hallaba en la Acordada, había atacado la Guardia de prevención del cuartel de la Brigada, posesionándose de la Ciudadela después de una insignificante resistencia. En vista de esto, salí inmediatamente, y me dirigí rumbo al cuartel para averiguar lo que hubiese de cierto, y con ánimo de ver si se podía remediar alguna cosa.

En la calle de Victoria fuí detenido por algunos vecinos que me conocían, suplicándome que no pasase adelante, porque no solamente se habían posesionado los gendarmes de la Ciudadela y habían colocado artillería en las avenidas, sino que ocupaban la Plazuela de San Juan; y si yo daba un paso más, indudablemente me aprehenderían cuando bien me fuera. De todo esto me aseguraban ser testigos presenciales.

Convencido de que nada conseguiría con pasar adelante, me resolví á dirigirme á Palacio, lo que verifiqué en el acto, presentándome al Comandante Militar, que lo era D. Rafael Junquito. Este señor me dijo que el Presidente acababa de nombrar General en Jefe al General de División D. Alejandro García.

Informado de que dicho señor se hallaba con el Presidente de la República en los corredores, subí la escalera principal, y me presenté diciendo al General: "Los Jefes y Oficiales de la primera brigada de artilleros que no se hallan presos en la Ciudadela, están en Palacio á

la disposición de usted." Tal era la convicción que yo tenía de que ningún individuo del cuerpo defecionaría.

Hecho esto, mandé sacar inmediatamente al primer patio, las seis piezas de la batería que estaban en el interior, dotándolas desde luego con sus pelotones y Oficiales correspondientes. Mandé un Ayudante al cuartel de Santa Teresa, donde se alojaba la segunda brigada, con orden para que el Coronel Palomino mandase tiros de mulas atalajadas y algunos pelotones de artilleros, lo que verificó en el acto, quedando lista la batería de Palacio para marchar. Dispuse también que se alistase un carro de municiones.

A poco llegaron los batallones números 13 y 24, que con dos piezas quedaron de reserva en Palacio, á las órdenes del Coronel D. Carlos Fuero.

Con las demás fuerzas de que se pudo disponer, se formó la columna que al mando del General de División D. Sóstenes Rocha, debía de reducir al orden á los sublevados de la Ciudadela.

La columna se componía de los batallones Zapadores, 1º y 17 de línea, con algunos piquetes del 13 y 24, la caballería municipal y un destacamento de la del ejército, con cuatro piezas de batalla.

La columna se dividió en dos: La principal que operó por la Acordada, y una de co.ta fuerza por el Salto del Agua.

La artillería fué dotada del modo siguiente:

Primera Sección. Tropa de la primera brigada, con los Oficiales:

Capitán 1º D. Anselmo Cabrera.

Id. 2º D. Rafael Salinas.

Teniente D. Enrique Barreiro.

Id. D. Margarito Pérez Cano.

Segunda Sección. Tropa de la segunda brigada, con los Oficiales:

Capitán 1º D. Joaquín Pavía.

Id. 2º D. Antonio Flores.

Teniente D. Antonio G. Cano.

El Teniente Coronel de infantería, Capitán 1º del arma D. Antonio Soto, quiso marchar con la columna, lo cual le concedí.

Veamos ahora lo que había pasado en la Ciudadela.

El batallón de gendarmes, que tenía su cuartel en la Acordada, tomó las armas en silencio, pronunciado por el Capitán Almendares, y sin ruido salió de su cuartel, tomó por la calle de Revillagigedo, atravesó la plazuela de la Candelarita, salió á la calle del Rastrillo, y recorrió á la carrera los cincuenta ó sesenta metros que hay hasta la puerta del Rastrillo, cuya guardia, compuesta de ocho hombres del número 23, echó á correr en dirección de la Prevención de la primera brigada, perseguida muy de cerca por los gendarmes.

Como la distancia que éstos tenían que recorrer era solamente de unos ochenta metros, y la línea que seguían casi paralela al edificio, la guardia de la primera brigada tenía que salir al campo para poderlos batir.

Cuando la guardia, avisada por el centinela, corrió á las armas, no le alcanzó el tiempo ni para tomarlas, tanto más, cuanto que en aquel crítico momento unos querían sacar el cañón de guardia y otros tomaban las carabinas. Así distribuidos los doce hombres de que se componía la guardia, fuera de los centinelas, en un zaguán estrecho, no podían resistir el tropel de los gendarmes, que llegaron corriendo casi al mismo tiempo que los del 23, sin que éstos hicieran otra cosa más que aumentar la confusión que ya reinaba.

Desarmada la guardia, los asaltantes pasaron á las baterías, que por ser día víspera de revista de Comisario se hallaban ocupadas en alistarse, y por consiguiente, desprevenidas de todo punto para hacer resistencia.

Los gendarmes quedaron, pues, dueños del cuartel.

Los trenistas que estaban en el potrero cuidando el ganado de la brigada, tan luego como sintieron lo que pasaba, reunieron las mulas y caballos y los condujeron á sus macheros.

Con los gendarmes iban varios de los individuos que habían concurrido á la reunión fraternal que tuvo lugar

en el Teatro Principal. Entre ellos había de los que sirvieron al Imperio y estaban dados de baja.

El primer paso que dieron los asaltantes al hacerse dueños de la Ciudadela, fué tratar de seducir á los Oficiales de la brigada para que se pronunciaran, haciéndoles lisonjeros ofrecimientos, y viéndolos renuentes, los amenazaron hasta con la muerte; pero convencidos de que su resolución era inquebrantable, los encerraron en el cuarto de banderas.

En seguida quisieron obligar á los trenistas á servir las piezas, y aunque ellos sabían bien el manejo de ellas, se negaron, diciendo que no sabían hacer otra cosa que atalajar y evolucionar con los trenes.

Luego fueron á la maestranza, en donde hallaron igual resistencia en los oficiales, los que negaron saber, en los almacenes, donde se hallaban las municiones que les pedían; y como no tenían las llaves, los sublevados comenzaron á descerrajar los almacenes, rompiendo puertas y cajas de municiones, sin poder encontrar lo que necesitaban.

Todas estas contrariedades comenzaron á desmoralizar á los pronunciados, impidiéndoles prepararse para la defensa, mientras que daban tiempo al Gobierno para atacarlos.

La guardia de Belén, que también era de gendarmes, se pronunció, y abriendo la cárcel sacó más de ochocientos presos que allí había, y los condujo á la Ciudadela, en donde fueron armados y colocados en las alturas.

La negativa de los Oficiales para tomar parte, y de los trenistas para servir las piezas, fué causa de que los sublevados no hubiesen puesto veinte ó más cañones en la explanada de la Ciudadela, contentándose con cuatro cañones obuses de á 12 y dos cañones de montaña rayados, que tenía la primera brigada.

A la tropa la obligaron por la fuerza á servir las piezas, y para obligar á los Sargentos colocaron tras de cada cañón un pelotón de infantería con un Oficial.

Mientras esto pasaba en la Ciudadela, llegó la noticia de lo ocurrido al Tívoli del Elíseo, donde comían el

Gobernador del Distrito Federal, varios empleados y el Teniente Coronel D. Ambrosio Larragoiti, que mandaba los gendarmes. Inmediatamente se levantaron de la mesa.

El Gobernador montó á caballo, y con un destacamento de policía montada, salió por el rumbo de Tacuba, donde había aparecido Aureliano Rivera con una guerrilla. Trabóse el combate, y el Gobernador quedó muerto, abandonado por sus soldados.

Larragoiti no se incorporó á las tropas del Gobierno, sino que sin esperarlas, se dirigió rumbo á la Ciudadela, con la pretensión de reducir al orden á la tropa sublevada; pero al llegar á la calle de la Providencia fué acometido por algunos soldados que se hallaban dispersos por ahí. Pudo libertarse de ellos ocultándose en una casa, mas impaciente de guardar semejante situación, se resolvió á salir á la calle, á pesar de los ruegos del dueño de la casa, que le manifestaba el peligro que correría.

En efecto, apenas salió, se encontró con un Sargento de su cuerpo, que inmediatamente disparó sobre de él, dejándolo muerto.

El General D. Miguel Negrete, promovedor de la asonada, y que debería haberla encabezado, se ocultó en la casa del General D. Juan José de la Garza, que vivía en la 4^a calle de la Providencia, donde permaneció durante todo el conflicto.

En esto, llegó el General Rocha con su columna á la Acordada, y comenzó sus trabajos por horadaciones, hasta las últimas casas que ven para la Ciudadela, pero sin manifestarse en ellas.

Al mismo tiempo, disponía que los Ingenieros formasen puentes de madera, que había en abundancia, para poder pasar los fosos de la Ciudadela.

El enemigo, que veía tropas en la Acordada y en el Hospicio, hacía sobre ellas algunos disparos de cañón.

Así se pasó la tarde.

Al entrar la noche fueron haciéndose más frecuentes los disparos de la Ciudadela; pero se notaba que las granadas estallaban á una altura considerable, ó iban á

caer á gran distancia á retaguardia de las tropas del Gobierno; de manera que éstas quedaban á cubierto de los fuegos.

Informado yo de que en los almacenes de Palacio había muy poca existencia de municiones para fusil Roberts, que era el que tenían las tropas, lo puse en conocimiento del General García, quien después de consultar con el Ministro de la Guerra, que acababa de llegar de San Angel, dispuso que fuese yo á todos los almacenes de armas de la Capital, con objeto de recoger las municiones que pudieran utilizarse, como lo verifiqué.

Entre tanto, los pronunciados de la Ciudadela organizaron una pequeña columna de infantería con un cañón de montaña, y salieron por la "*Avanzada*" rumbo al interior de la Ciudad.

Aquí se le presentó una buena ocasión al General Rocha para comenzar su ataque. Hizo salir violentamente las tropas que tenía ocultas en la *Colonia Francesa*, y cayendo de improviso sobre la columna de los pronunciados, la puso en dispersión, quitándole la pieza y ocupando la *Avanzada*, con lo cual ya no tuvo necesidad de hacer uso de los puentes.

En el acto hizo que avanzaran los batallones Zapadores y 17, que comenzaron el combate en el llano que está delante de la Ciudadela. Después de un largo rato de vivo fuego, en el que las tropas sufrieron sensibles pérdidas, pudieron al fin ocupar la Ciudadela.

El General Rocha no había hecho uso de la artillería, temeroso de incendiar con las granadas los almacenes de pólvora, cosa fácil de evitar, usando las granadas como balas rasas, sin descapuchinarlas.

Las cuatro piezas de que podía disponer, colocadas con una escolta competente en la Alberca Pane, disparando metralla por elevación sobre las azoteas y explanadas de la Ciudadela, que enfilaban, hubieran producido un efecto decisivo, y hecho menos cara la victoria.

Un destacamento de infantería colocado en el gasómetro que formaba un verdadero reducto, completando tan sencilla combinación, hubiera auxiliado con la bate-

ría á las columnas de asalto, las que sin duda habrían hallado menos resistencia.

Los principales cabecillas, D. Ignacio de la Peza, Almendares, Carricarte y otros, habían desaparecido de la Ciudadela, quedando sólo algunos subalternos y Sargentos, que fueron los que hicieron la última defensa.

A las doce de la noche, todo había concluido.

El General García me ordenó que me trasladase en el acto á la Ciudadela, presentándome al General Rocha para que me encargase del punto, á fin de evitar las pérdidas consiguientes en aquellos momentos de desorden. En el momento me puse en marcha acompañado del Mayor de la Brigada D. Julián Peña y de otros Oficiales, llegando á la Ciudadela cuando acababan de sonar los últimos tiros.

La calzada que va para el Paseo de Bucareli y el llano que está delante de la Ciudadela, estaban sembrados de cadáveres. Ví con mucho sentimiento á varios de mis artilleros entre las víctimas, convencido como estaba de que se les había obligado á combatir contra su voluntad.

El cuarto de banderas de la brigada era un lago de sangre, las paredes estaban llenas de agujeros hechos por las balas, y en el suelo yacían varios heridos que se retorcían á impulsos del dolor, contristando el corazón con sus ayes lastimeros.

Los Oficiales de artillería, que tenían prisioneros los pronunciados, habían sido encerrados en una pieza interior, donde continuaban presos por orden del General 2º en Jefe.

En el rincón del primer patio, junto á la entrada del segundo, sentados en una banca de piedra que había ahí, se hallaban el General D. Fernando Poucel y los Coroneles D. Joaquín Rivero y D. Agustín Lozano, instalados en Consejo de Guerra verbal, para juzgar á los desgraciados que habían sido hechos prisioneros. Un Sargento con una vela de sebo en la mano, les alumbraba.

Ante aquel terrible tribunal eran conducidos uno á uno aquellos de los prisioneros que parecían de mayor categoría. Se les hacían dos ó tres preguntas, é incontinenti eran sentenciados á muerte.

En el momento, un cabo con algunos soldados se hacía cargo de cada víctima, que conducía al campo, donde en el acto se le ejecutaba.

Pocos de los juzgados habían sido absueltos.

Las ejecuciones duraron la mayor parte de la noche.

Los vencedores habían entrado á las cuadras de la brigada, apoderándose del vestuario de gala de los artilleros y de sus capotes, sin que lo impidieran los Oficiales, que debieron considerar que aquello pertenecía á la Nación.

Los Coroneles Leyva y Mariscal, á quienes reclamé, hicieron que fueran devueltas á la brigada bastantes prendas; pero siempre se perdieron muchas, especialmente capotes, de que la brigada se hallaba provista.

Por fortuna, ni los pronunciados ni las tropas del Gobierno dieron con el depósito del Cuerpo, ni con la Academia de Oficiales, que á no haber sido así, la ruina de la brigada hubiera sido completa.

Poco antes de amanecer, el General Rocha dijo al General Loaeza que se retiraba á descansar un rato y que lo dejaba con el mando: que hiciera fusilar á los Sargentos de gendarmes y á los de artillería, y que después me entregase el mando.

Por fortuna me hallaba yo presente, y manifesté al General Rocha que estaba persuadido de que los Sargentos de artillería no tenían culpa, sino que habían sido obligados por la fuerza, y por lo mismo, creía que no merecían tan terrible pena; que si después de juzgados aparecían algunos culpables, nada sería más justo que castigarlos.

El General Rocha me atendió, y dispuso que solamente se fusilara á los Sargentos de gendarmes, continuando presos los de artillería. Así pude salvar á mis Sargentos.

Ido el General Rocha, se acercó al General Loaeza un hombre de aspecto siniestro, bajo de cuerpo, barbón, con una gran pistola al cinto, y le dijo que entre los prisioneros se hallaba un Licenciado Rodríguez de San Miguel, que era muy perverso, y que sería bueno que lo mandara fusilar.

El General Loaeza me llamó aparte, y me preguntó que qué pensaba de Rodríguez de San Miguel. Le dije que en mi concepto era un hombre inofensivo; que me admiraba cómo se hallaba entre los pronunciados, y que su muerte sería en extremo inútil. El General Loaeza me escuchó con benevolencia, y desechó el mal consejo que le daban.

Sucede frecuentemente en nuestras revoluciones, que aparecen algunos hombres sedientos de sangre, que aprovechando los momentos de excitación que siguen al combate, influyen en el ánimo de los que mandan, para que ordenen ejecuciones injustas y satisfagan así sus rencores ó sus venganzas personales.

En esta ocasión tuve la buena fortuna de librar de la muerte á algunos infelices, gracias á la bondad con que me escucharon los Generales Rocha y Loaeza. No fué inútil, pues, mi ida á la Ciudadela.

En esto, ya comenzaba á amanecer. El General Loaeza me entregó el mando, y se retiró á descansar. La ambulancia había recogido con suma actividad la mayor parte de los cadáveres, tanto de los que murieron en la acción, como de los que fueron fusilados. Los pocos que aún quedaban, se apresuró á colocarlos en carros cubiertos para trasladarlos al cementerio.

El Sub-teniente Pérez Cano, sabedor de que había un Jefe de los pronunciados oculto en la fábrica de casimires "La Minerva," fué de su orden á reclamarlo, y un señor Hoppe, que era el administrador, tuvo la debilidad de entregarlo.

Pérez Cano se acercó á mí conduciendo de la mano á un hombre alto, rubio, de ojos azules, de buena presencia, que me pareció americano, por cuya causa me previne mal para él. Venía en camisa y calzón blanco, des-